

DOS CARTAS

(Publicamos, a modo de primicia, las siguientes comunicaciones que encabezan el próximo libro de Alejandro Vicuña: Yo, El Jordán).

Sr. Dn.

Alejandro Vicuña.

Muy señor mío:

En seguro arcón, donde se guardan viejos documentos de familia, he hallado el manuscrito que le envío, y de cuya importancia podrá Ud. mismo formarse concepto.

En su portada leerá Ud. con sorpresa «Memorias del río Jordán»; y, a continuación, en caracteres más menudos, hallará ciertos antecedentes sobre el origen del extraño infolio. Allí sabrá Ud. que la versión inglesa del texto hebreo data de fines del siglo XVIII, ignorándose el nombre del traductor; y se impondrá asimismo de que ninguna noticia se tiene sobre la época y sitio en que fueron descubiertos los cilindros, papiros o pergaminos originales de tales «Memorias».

En vista de tan escasos datos sobre el documento en cuestión, la hermenéutica aconsejaría dudar de su autenticidad, y desconfiar, por tanto, de que el Jordán hubiera incurrido en la debilidad de escribir sus Memorias, porque no es lícito achacar a nadie acciones poco recomendables sin hallarse en posesión de sólidas razones o presunciones. Pero, como las leyes civilizadas no amparan el honor y buen nombre de los ríos, ninguna acción peligrosa podría amenazar a quien publicara estas Memorias bajo la paternidad del río sagrado de Israel.

Tal consideración me ha impulsado a enviar a Ud. estos manuscritos, a fin de que debidamente traducidos al castellano, los haga Ud. editar en su país, si lo estima conveniente.

Una circunstancia ha influido sobre mi ánimo al escoger a esa República de Chile entre todas las naciones, para que vean en ella la luz pública las Memorias de nuestro río.

Entre los judíos residentes en esta ciudad de Jerusalem, se ha tenido noticia de la favorable acogida otorgada por ese país a varios núcleos de compatriotas nuestros, afligidos en Europa por las persecuciones totalitarias; y aunque esa hospitalidad no ha sido dispensada en forma gratuita, siempre entre nosotros ha quedado un saldo de gratitud hacia quienes han recibido a nuestros hermanos perseguidos. Tampoco nosotros, los israelitas, tenemos el hábito de dispensar favores sin la retribución adecuada.

Ciertamente las puertas de Chile, custodiadas en esa época por un tal Abraham — llegamos a juzgarlo por su nombre perteneciente a nuestra raza — se abrieron para los israelitas a precio un tanto exagerado; pero también es costumbre entre nosotros explotar la necesidad o urgencia de nuestros clientes, haciéndoles pagar mayores precios en las circunstancias apremiantes. Tampoco podemos quejarnos por tal motivo. Por otra parte, los pingües negocios que nuestros hermanos han realizado en ese país, gracias a la ingenuidad e imprevisión de la población aborígen, les han compensado con creces el subido derecho exigido por el Canciller Abraham y los suyos.

A más de la gratitud hacia esa República de Chile, me ha decidido también a favorecer a ese país con el envío de una primicia histórica, como las adjuntas Memorias, el conocimiento que tengo de las aficiones históricas de los chilenos. Recuerdo haber leído en alguna parte que entre las naciones del planeta no hay colectividad de existencia más breve e intrascendente que la sociedad chilena, y no obstante, con mayor número de personas dedicadas a historiar esa misma existencia.

Si entre los habitantes de esas lejanas tierras he escogido a Ud. como depositario del manuscrito y ejecutor de mis deseos respecto a su publicación, ha sido por sus aficiones a los temas hebreos, de que me he impuesto por sus apreciables libros sobre tres grandes

personajes nuestros, el padre Moisés, Salomón y Juan, a quien los cristianos llaman el Bautista.

Al terminar estas breves líneas, quiero expresarle la absoluta confianza con que aguardo sus gestiones para la publicación del manuscrito. Traducido al castellano, espero sea Ud. personalmente quien corrija la versión y la divida en forma adecuada, de modo que el público lector se halle en presencia de un libro correctamente presentado.

Quedo esperando sus órdenes en esta ciudad de Jerusalem, vía del Muro de las Lamentaciones, N.º 33.

Isaac Levy.

Junio 19-1944.

Sr.

Isaac Levy.

Señor de toda mi consideración:

La lectura del manuscrito «Memorias del Jordán» me deja la impresión de que podremos con su publicación dar una nota bibliográfica original, aunque no muy interesante. Por primera vez, ciertamente, llegarán hasta conocimiento de los hombres las memorias de un río, donde se consignan confesiones sobre la propia

existencia e impresiones sobre los acontecimientos humanos verificados a lo largo de su curso.

Adolecen las Memorias del río sagrado de Israel de cierta monotonía en la relación y vulgaridad en la apreciación de los sucesos por él presenciados. Resaltan al mismo tiempo en el autor ciertas pasioncillas injustificables, como ser, enfermiza vanidad y roedora envidia por las situaciones o cualidades de otros seres, principalmente por los pertenecientes a la especie humana, a quienes el río sagrado hace blanco de alusiones no siempre justas y de sátiras no siempre afortunadas. Emulaciones y rivalidades, que desbordan los límites de lo aceptable, se descubren con frecuencia en el ánimo del autor, incapaz, al parecer, de contemplar con serenidad y resignación la posición a él asignada, por la naturaleza en el conjunto de los seres.

Monotonía, vulgaridad, manifestaciones de envidia y vanidad; pero, junto con formular estos defectos, es justo preguntarse: ¿No ostentan, de ordinario, los memorialistas humanos, las mismas características?

En tiempos antiguos, muy pocos cultivaban este género de historia; tenían los hombres de entonces más conciencia de su insignificancia y mayor sentido de las proporciones. Hoy, muchos mentecatos se empeñan en hacer girar el mundo alrededor de su persona, y así lo pregonan en sus memorias que suelen escribir.

No obstante, sería oportuno hacer presente una hipótesis sobre esta especie de publicaciones, que formula un agudo observador de los hombres y los tiem-

pos. Tendrían tales libros el carácter de expiación o actos de humildad, y servirían para desacreditar la personalidad del Memorialista después de fallecido, o a raíz de la aparición del libro, si ella hubiera tenido lugar en vida del autor.

Hombres o mujeres, generalmente acreditados como personas discretas, de inteligencia aventajada, y aun, de ingenio, han perdido totalmente esa halagadora fama tras la publicación de sus recuerdos e impresiones. Políticos u hombres de Estado, que han alcanzado entre sus contemporáneos el prestigio que dan el talento y la integridad moral; grandes damas, celebradas por su espiritualidad y centros de atracción para intelectuales y hombres de letras, y hasta viejos prelados, reliquias de tiempos idos, han producido con sus Memorias general desencanto, contribuyendo así definitivamente al propio descrédito.

¿Intentaron ellos, con sus mensajes de ultratumba—tal carácter tienen los libros de Memorias—mostrar ante sus cándidos admiradores su verdadera personalidad, y llevarlos en tal forma a una justa apreciación de sus cualidades y actitudes?

En tal caso, se verificaría la hipótesis de quien atribuyera a los libros de Memorias el carácter de expiación o actos de humildad.

Si las Memorias del Jordán tienen los graves inconvenientes de que suelen adolecer las Memorias de los hombres, en cambio, ofrecen una cualidad casi siempre ausente en las publicaciones congéneres: son

ellas instructivas, y despiertan en el lector útiles recuerdos y sugerencias.

Nociones geológicas y geográficas olvidadas, o jamás conocidas, acontecimientos históricos, de importancia crucial en el desenvolvimiento humano y discretos comentarios sobre ellos; juicios ecuanímenes sobre hombres, razas y pueblos; más de alguna saeta picaresca, disparada contra la estulticia e inconsecuencia de los inventores de la sabiduría y de la lógica; todo eso y mucho más hallará el lector en las Memorias del río Jordán.

¿Qué pueden ofrecer los memorialistas humanos, y particularizando algo más, los chilenos, frente a este conjunto de gratas evocaciones y saludables conceptos?

Ridículos estallidos de vanidad, adocenadas observaciones políticas o sociales, alfilerazos de beatas, falsas reconstrucciones de acontecimientos pasados y falta de sensibilidad en la evocación de las costumbres y tiempos que fueron: tal es la ofrenda póstuma de nuestros memorialistas, con excepciones contadas, siendo de elemental justicia anotar entre estas últimas los nombres de esos dos chilenos auténticos, que se llamaron Pérez Rosales y Zapiola.

Y si tan triste juicio nos merecen las Memorias publicadas en este país ¿qué decir de otras ya anunciadas por un político casi octogenario, y en las cuales, a más de los defectos ya anotados, habremos de lamentar el pisoteamiento del lenguaje, el buen gusto y la verdad?

Confiando en la mala calidad de las Memorias hasta el presente aparecidas en este país, y en la paciencia de los lectores para tolerarlas, creo que las Memorias del río Jordán podrán alcanzar regular aceptación por las circunstancias anotadas anteriormente en su favor. Por otra parte, contribuirá a acentuar la benevolencia de este público, ávido de novedades, hacia una publicación como la proyectada, su indiscutible originalidad, pues, por primera vez llegarán a conocimiento humano los pensamientos e impresiones de un río. Y en tal caso, si poco interés revisieran las Memorias en sí mismas, siempre quedará un saldo a su favor, como al tracio Orfeo, cuando descendió a los infiernos en busca de su mujer. Al decir de Quevedo, se habría producido en los antros infernales verdadera estupefacción con la llegada del dios de la música, pero ella se habría originado, no tanto por la hermosa voz del cantor, cuanto por su ocurrencia de ir a juntarse con su mujer:

Cantó: y al mayor tormento
Puso suspensión y espanto,
Más que lo dulce del canto,
La novedad del intento.

De acuerdo con sus deseos, señor Levy, he traducido el manuscrito con la mayor fidelidad posible, hallando en la tarea no pocas dificultades, debido, principalmente, al lenguaje, y en seguida, al deplorable

estado de conservación del original y a la infernal caligrafía del copista. En una oportunidad me he visto obligado a renunciar al desciframiento de varios párrafos, suprimiéndolos del texto y colocando en su lugar los puntos suspensivos de rigor y una nota para esclarecimiento de tal anomalía.

Para mayor comodidad del lector, he dividido el texto en capítulos, y a cada uno de ellos he asignado un título adecuado a la materia tratada. Además he añadido, a manera de notas, múltiples explicaciones, citas y datos, que contribuirán a hacer más fácil y provechosa la lectura del manuscrito. El erudito río hace frecuentes incursiones entre las letras humanas y divinas, que es preciso aclarar al no siempre erudito lector.

Espero obtener también de la generosidad del editor la reproducción en la portada del libro o en otra parte principal, de un buen dibujo del río Jordán en toda su trayectoria desde las montañas donde nace hasta el Mar Muerto, donde se sepulta. Contribuirá este pequeño mapa de la región Jordánica a la mejor inteligencia de estas Memorias.

Con este conjunto de precauciones abrigo la esperanza de que las Memorias del río Jordán alcanzarán, si no un éxito de librería—triunfo reservado entre nosotros a lo sensacional o escandaloso—al menos una discreta circulación entre los lectores cultos de este país, cumpliéndose así sus votos y los míos, que son contribuir a la divulgación de conocimientos

serios entre la generación actual, un tanto reacia para todo lo que no signifique utilidad o placer material e inmediato.

Agradeciendo a Ud. la confianza en mí depositada y esperando corresponder fielmente a ella, quedo a sus órdenes en esta lejana ciudad de Santiago de Nuevo Extremo.

Alejandro Vicuña

Junio 19-1945.